132 PAGINAS
Cuatro Cuerpos

EL UNIVERSAL

CARACAS, DOMINGO 26 DE AGOSTO DE 1990 – AÑO LXXXII – Nº 29.142

4º CUERPO

VICENTE GERBASI:

La poesía es una religión

"Ninguna intemperie será mayor/ que mi soledad expuesta a la tristeza de un atardecer veraniego..."

Dios y Naturaleza son las constantes de la extensa obra del más importante renovador de nuestra poesía, a las que regresa en "Iniciación a la intemperie", libro en torno a las penurias vividas a su regreso a Venezuela, en 1928, y el primero que publica sin la presencia de su esposa Consuelo

Maritza Jiménez

Fotos: Enrique Hernández D'Jesús

Ya casi entraba la década del 40, y todavía se resistía nuestra poesía a abandonar los melancólicos sones a los que la habían conducido los continuadores del modernismo, cuando fue sorprendida por la presencia de un grupo de jóvenes que emnpezó a llenarla de insólitas metáforas, hablándole de las zonas oscuras del inconsciente, los románticos franceses y alemanes, el surrealismo y las vanguardias europea y latinoamericana.

Eran Pascual Venegas Filardo, José Ramón Heredia, Luis Fernando Alvarez, Otto de Sola y muchos más, ejerciendo desde las páginas de una revista, **Viernes**, los imperativos de la juventud: renovar, transformar. Entre ellos, destaca en la fotografía de esos años, la imagen de un muchacho delgado y taciturno, de lacios cabellos y aires de Rimbaud o Mallarme: de poeta profundo.

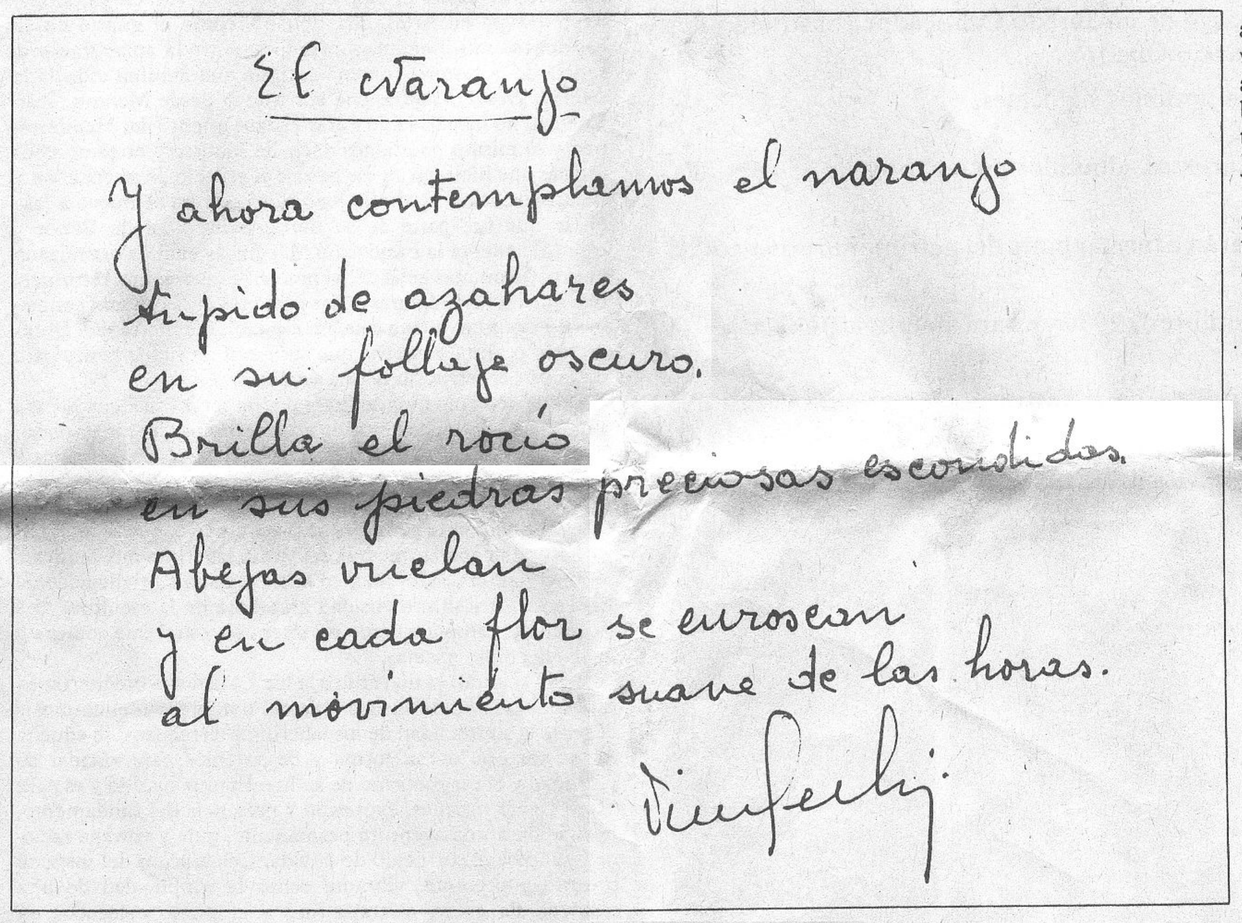
No rompimos con Darío

"Es verdad que el mundo onírico es mucho más rico que el mundo consciente, por eso, sin ser surrealista, pienso que Freud y Jung y todos esos descubrimientos del alma humana, han ayudado mucho a hacer una poesía nueva".

—Tú dices sin ser surrealista, pero a los de **Viernes** se les ha señalado como introductores del surrealismo en Venezuela.

—Nosotros éramos tan eclécticos en ese momento, que asimilamos todos los ismos, pero no pusimos en práctica ninguno. Hubo dos poetas, Luis Fernando Alvarez y José Ramón Heredia que sí se acercaron al surrealismo. Todos los demás simplemente comprendimos, entendimos, pensamos, que era necesario darle un vuelco a la melancólica poesía romántica de nuestra América Latina. Pero continuamos a Darío, no rompimos con él, ni con José Asunción Silva, ni con el Neruda de **20 poemas de amor**. Nosotros seguimos en esa línea de Darío, y, como lo dice Guillermo Sucre, que es no solamente un poeta, sino un gran pensador de nuestra poesía, en un ensayo que publicará próximamente, qué hubiera sido de nosotros si no seguimos esa línea que comenzó Rubén Darío. Ahora, escribimos como nos pareció mejor, y no rompimos, traspasamos las barreras del sonido, para acabar con una línea extremadamente melancólica y provinciana, con un romanticismo feneciente, agónico, que ya había cansado al mundo.

Sin embargo, advierte que se considera un romántico moderno, porque el romanticismo no se acaba, se va transformando en diferentes ismos, llámese modernismo, surrealismo o letrismo. "Ya lo dijo Darío: ¿Quién, que no es, no es romántico?"



El naranjo

Y ahora contemplamos el naranjo
tupido de azahares
en su follaje oscuro.
Brilla el rocío
en sus piedras preciosas escondidas.
Abejas vuelan
y en cada flor se enroscan
al movimiento suave de las horas.

Vicente Gerbasi

Iniciaciación en la intemperie

Con la luz se abrían los pavorreales./ Se iban por las paredes blancas/ hacia otra dimensión de flores./ Algunas aves volaban entre las últimas estrellas/ y olía a café y el mundo surgía lentamente/ de una ligera niebla...

Así comienza la "Infancia en Canoabo", esa tierra que inunda, como Dios, sus poemas, hasta que vino la muerte con su herida implacable, y fue a posarse en la mecedora del padre, junto a la lámpara de carbón y sus libros preferidos en las rodillas: Dostoievsky, Tolstoi, la Biblia.

Fue entonces la pérdida del paraíso, año de 1928, cuando Vicente Gerbasi, después de una holgada vida, debe abandonar los estudios en Florencia y regresar, con su madre y cinco hermanos, a enfrentar la crisis: a iniciarse en la intemperie.

—Quería ser pintor, pero no pude, porque costaba muy caro, y yo pasé una adolescencia sumamente pobre. Por eso, el último libro que publicará Monte Avila se titula **Iniciación en la intemperie**, y no a la intemperie, como han dicho algunos, porque son dos cosas distintas, y mi libro no tiene ningún sentido esotérico.

El libro, que será presentado en setiembre en la Galería de Arte Nacional, con un homenaje al poeta, nos pone en contacto con ese mundo, la Venezuela gomecista que encuentra Gerbasi a su regreso. Quince años tenía, cuando su universo se rompe con la quiebra económica y la muerte del padre, poco después de la gran crisis de ese año, cuando los precios del café bajan de 125 bolívares el quintal, a 24. "Tuvimos que venir a enfrentar a los acreedores alemanes, y yo me quedé solo en el mundo".

Entonces, el que años más tarde va a ser reconocido como uno de los más importantes renovadores de nuestra poesía, empieza a entrenarse en las duras tareas de la sobrevivencia. Fue ayudante de un pintor de vallas, Leopoldo la Madrid, ganando cuatro bolívares diarios, y todavía recuerda aquel "disparate histórico" de la del cigarrillo Colón, en la que el almirante aparecía fumando. Más tarde, entra como archivero y encargado de los hilos telegráficos al Banco de Venezuela en Valencia. Corría ya el año 1933, y "por una de esas ruletas extrañas de la aventura universal, un amigo me llevó a vivir a la pensión de doña Mercedes Bercht de Orta, que era la mamá de Consuelo. Esa noche no había habitaciones y tuve que dormir en un colchón en el piso, en un pasillo lleno de zancudos. Les echaron flit, y no se fueron, pero me enamoré de Consuelo".

Si materialmente la intemperie terminó diez años más tarde cuando se casa con ella y poco después viajan, con sus dos hijos, a Bogotá, enviado por Rómulo Betancourt como agregado cultural, iniciando su carrera diplomática, vuelve a su memoria y sus palabras en este libro, el primero que publicará sin la presencia de su leal compañera Consuelo Orta de Gerbasi.

El primer poema no lo escribí

A sus 77 años, Vicente Gerbasi —el poeta de la cabeza de nube, como lo llamó Ludovico Silva— no ha perdido un ápice de su niño. Coquetea, dicta serios discursos, con comas y todo, de los que después se burla e inventa historias que luego desmiente, cuando se le pregunta por el primer poema.

—Yo creo que lo escribí sintiendo. No lo escribí. Lo estuve pensando permanentemente, desde que me conozco, porque siempre he estado admirando, sublimando, transformando, haciendo magia con la Naturaleza. Y ésa es una manera de escribir un poema, aunque no se escriba. Pero comencé realmente a escribir a los 13 años, imitando a Salgari, una novela donde yo iba en un velero por el canal de Panamá, y veía los monos en los árboles, que me sorprendían con su gracia y me lanzaban frutas. Claro que yo nunca fui a Panamá, como tampoco Salgari a Africa. Nunca salió de su casa, ni Julio Verne tuvo que hacerlo para escribir sus viajes".

Arropadas sus palabras por una música insistente de grillos, con su hija Beatriz y su yerno Kristen por testigos, recuerda, ahora sí: "Fue en Valencia. En uno de los pequeños cines de allá, vi una película en la que un muchacho muy joven, de unos 13 años, que aspiraba a la gloria, quería ser torero, y lo mató el toro. Esa noche escribí el primer poema, tenía unos 17 años, pero nunca lo publiqué porque no me gustó. Después me fui depurando con la lectura, y me di cuenta realmente de que mi vocación era la expresión poética, la dedicación a cultivar los valores estéticos del espíritu y la creación artística".

Entre esas lecturas, habla de "algunos poetas griegos y la Biblia. Pero no son solamente las lecturas las que han ejercido influencia en mí. Está la novela, la música, la pintura, el canto de los pájaros, las hojas de la selva, los ojos de las ranas. Todo eso me ha transformado, todo eso ha hecho mi ser poético: el arcoiris, el riachuelo de mi pueblo, mi mamá, mi papá, mis hermanos, mi mujer, mis hijos y mis nietos han hecho mi alma. Los libros, sí, han contribuido mucho, las grandes novelas rusas, la novelística francesa, Hesse, y luego la propia vida, el hecho de viajar, los jardines de Chile, la montaña de cinco mil metros con sus nieves que bajan hasta los valles, donde la uva y las frutas del paraíso maduran como bellas mujeres. ¿Qué hace uno con un país como ése? Pues simplemente creer en sus grandes poetas, y ellos nacen por la belleza de su Naturaleza.

El poema es una oración

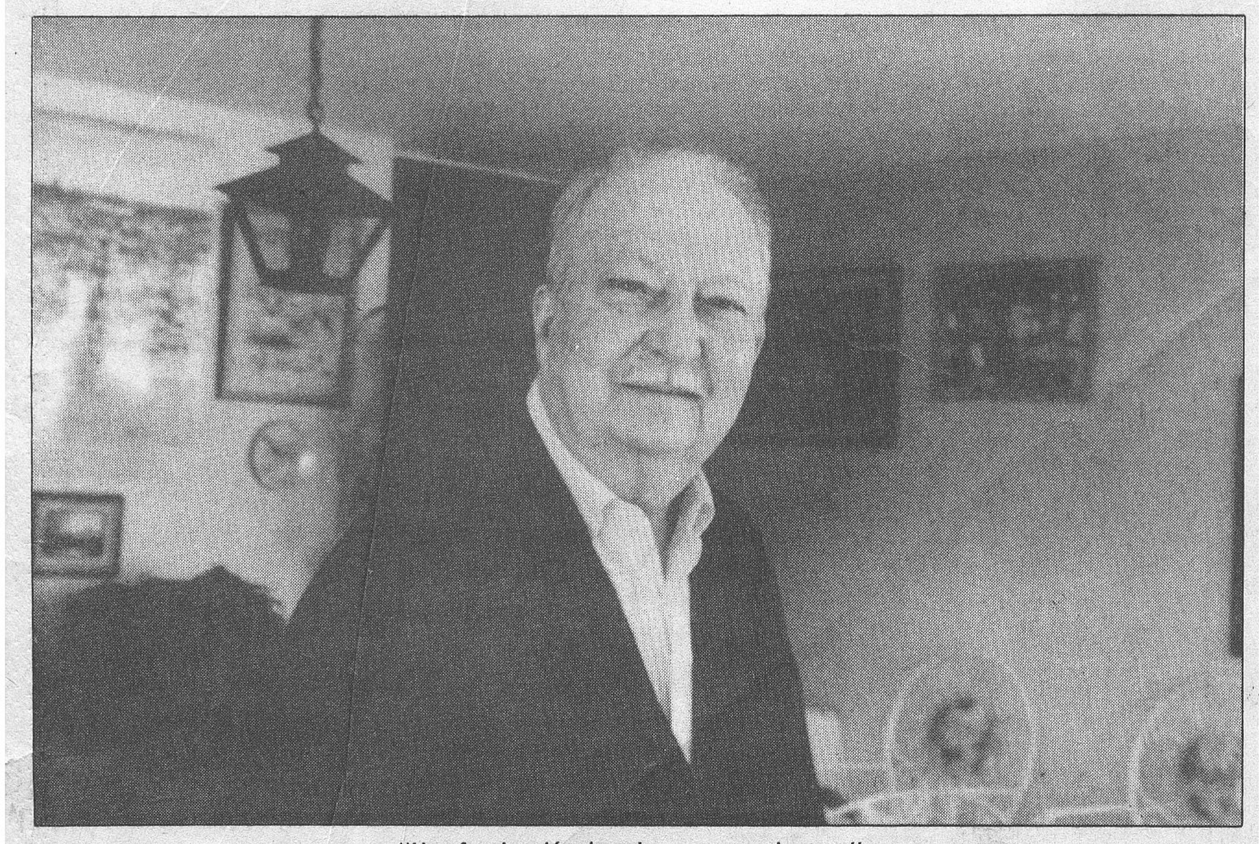
Poeta telúrico o no —Ludovico Silva discute el término—, Vicente Gerbasi ha escrito como un solo y gran libro, a pesar de sus incontables títulos, vertebrados por una pasión y una entrega: la Naturaleza, de la que recupera su palabra todo lo que en ella vive y late, como un gran canto sagrado a Dios:

—Yo he dicho, y lo vuelvo a decir, que la poesía comienza en un ser cuando comienza a ver la Naturaleza. Y eso ocurre desde muy temprana edad. Ahora, uno sublimiza todo lo que ve y lo transforma, como el sol al día y a la tierra. Ese estado de animación nos conduce a la búsqueda de Dios, que es el centro del Universo, donde también estamos todos, los que somos y los que no somos poetas. Están los místicos, los grandes filósofos, los grandes espíritus, las grandes almas, que, aunque no escriben, son siempre las grandes almas, tal vez las mejores. En esa situación cósmica en que se encuentra el hombre, nos damos cuenta de que tenemos un puesto en el Universo, y esa conciencia nos obliga a tener una responsabilidad creadora. Porque no somos simplemente unos habitantes sin un orden mental, lo tenemos, y también un orden espiritual al cual obedecer. En ese optimismo, nos convertimos en creadores. El poeta ennoblece la vida, la transforma, la recrea, la convierte en acto de magia, y de esa manera se va acercando no solamente a una visión estética de la Naturaleza, sino a una visión más clara de Dios"

Dios y Naturaleza. El poema así se erige en una oración que lo va acercando cada vez en un sentido más real, al primero, y simplificando aquellas vegetaciones exuberantes de los primeros poemas, hasta dejarlas casi dibujos, finas acuarelas, u "óleos impresionistas", como él prefiere llamarlos.

—Ninguna persona inteligente, que reflexione sobre su propia existencia y sus sentidos tan raros, tan misteriosos, que lo hacen a uno ver, celebrar, puede dejar de creer en Dios. Es que eso no lo inventó ninguna cultura. Está inventado por un ser supremo que lo inspira a uno para emularlo, incluso en la creación. Y yo creo que llegará el momento en que la ciencia y las almas se van a juntar con Dios, se van a parecer mucho. En ese momento la humanidad estará pasando a un estado suprasensible, que le permitirá al hombre ser un ser superior".

La poesía, entonces, es una religión y una oración, porque mientras más se acerca el hombre a Dios, más se acerca a sí mismo. Fe y poesía que lo acompañan en esta hora solitaria, en el inmenso vacío de Consuelo. Pero ella está allí, en todos sus recuerdos y referencias, a su alrededor, en los poemas que todavía escribe, en los grillos y atardeceres, en la trinitaria, en todos esos seres que en su palabra trascienden y burlan a la muerte: **Me veré otra vez/ con los ojos/ de las ranas/ sobre las hojas/ para no morir.**



"Una fascinación de colores me sostiente..."

CULTURALES

EN ESTE CUERPO

CULTURALES: 4-1 a 4-13
ECONOMICOS: 4-14 a 4-27
SUCESOS: 4-29 y 4-30